

El Partido Socialista de Chile

Alejandro Chelén Rojas

Discurso pronunciado en el Senado con motivo del aniversario del Partido y como respuesta a los homenajes rendidos por los senadores Rafael Tarud, Jaime Barros y Baltazar Castro.

No es tarea fácil reseñar siquiera en sus aspectos más trascendentales el origen, formación y desenvolvimiento de un partido como el nuestro. El proceso político, social y económico de Chile, desde comienzos de siglo, está cargado de fuerza explosiva que originó constantemente episodios sangrientos, al liquidar vidas y esperanzas. Pugnando siempre, envuelto en trágicos acontecimientos, fue abriéndose camino hasta consolidar organizaciones que, al interpretar las aspiraciones de un proletariado en pleno desarrollo, dieron las herramientas para una lucha más efectiva, mediante los partidos políticos de clase y los organismos gremiales y sindicales.

Así, pues, muchas causas contribuyeron en el país al desarrollo del ideario socialista y a la formación de un poderoso partido capaz de condensar un estado anímico multitudinario y de transformarse en el intérprete auténtico de las aspiraciones y necesidades de todo un pueblo.

La historia vive y se nutre de acontecimientos que van señalando, aunque demoren en cristalizar, un avance en todo orden de cosas, y que hacen girar en torno suyo las épocas y las edades. La quiebra de viejos conceptos políticos; crisis de sistemas económicos superados; estancamiento social de las masas; regímenes dictatoriales que detienen y sojuzgan anhelos colectivos, son factores que promueven profundas inquietudes ideológicas y encauzan a los países hacia finalidades superiores de convivencia y mejoramiento, en un justo afán de rectificar rumbos o cambiar de manera fundamental las viejas estructuras.

Tales hechos deciden, generalmente, el proceso evolutivo o revolucionario de la sociedad humana, y rompen anacrónicos sistemas, para enfrentarse a la organización de un orden nuevo sobre bases que permitan

niveles de vida superiores y afiancen el progresivo desenvolvimiento de los pueblos.

Chile ha vivido, en etapas sucesivas de su historia, un lento proceso de democratización política; pero ha mantenido incólume la vieja estructura económica. Bajo el predominio de una clase minoritaria, dueña del poder, la riqueza y los instrumentos de trabajo; parasitaria, deshumanizada e insaciable de lucro; que ejerce una expoliación despiadada sobre las mayorías, sojuzgándolas y escarneciéndolas, ha logrado mantener sus irritantes privilegios. Ciento cincuenta años de dominio y entrega de nuestras riquezas al imperialismo, han ido creando la levadura popular que daría vida a organizaciones de avanzada social, combatientes y vigorosas. Y ha sido la propia clase trabajadora la que ha forjado, al calor de la lucha, el sacrificio, la represión, sus herramientas sindicales y políticas que habrán de liberarla de años de esclavitud y miserias.

Fruto de tal estado de cosas fue la primera manifestación revolucionaria de la clase obrera: la huelga de los gremios marítimos de Valparaíso, el 11 de mayo de 1903. Es el comienzo del despertar consciente de los trabajadores en su lucha contra la clase oligárquica dominante. El 22 de octubre de 1905, en un mitín de protesta por el encarecimiento de la vida, se desencadenó una nueva huelga a raíz de la negativa del Presidente para atender el pliego de peticiones, y más de 200 trabajadores cayeron en una represión violenta. El 6 de febrero de 1906, en Antofagasta, cargadores de playa, lancheros, carretoneros y obreros de la pampa, que pedían mejores salarios y más tiempo consagrado a las comidas, fueron también masacrados y quedó un saldo de muertos y heridos. El 25 de diciembre de 1907, estalló en Iquique otro movimiento por aumento de salarios y la libre entrada de ven-

dedores a las salitreras, para evitar la extorsión de las pulperías de las compañías extranjeras. Participaron más de 10.000 obreros venidos de la pampa; y el Gobierno, en lugar de atender sus justas peticiones, ordenó ametrallarlos. Los cadáveres de 2.000 hombres, mujeres y niños quedaron sembrados en la Escuela "Santa María", acribillados por las fuerzas policiales. Son los comienzos de la lucha masiva, pero desorganizada, que van jalando con sangre y vidas la conquista de un mejoramiento económico y social. Surgen, entonces, los organizadores del movimiento proletario y destaca la figura recia y combativa del más genial dirigente obrero, Luis Emilio Recabarren, quien ya había dado vida a las Mancomunales Obreras en los sectores industriales del país.

Es el período heroico, batallador y agresivo en la organización de las clases desposeídas; es el duro aprendizaje en el fragor mismo del combate. Aparecen los periódicos fundados por Recabarren, los cuales difunden el credo liberador del socialismo y las inmediatas reivindicaciones de las masas explotadas. Culminan estos años iniciales con la fundación de la Federación Obrera de Chile, la gran escuela forjadora de cuadros dirigentes, el 18 de septiembre de 1909, fortalecida en su primera convención realizada en Santiago en 1911 con la incorporación de las Mancomunales, las cuales le dieron un vigoroso contenido revolucionario. Y en 1917, en su segunda convención, pasa a ser ya efectivo instrumento de lucha del movimiento obrero.

Al recordar sucintamente los hechos más trascendentales que dieron vida al movimiento sindical y a las primeras inquietudes socialistas, rendimos también el homenaje de reconocimiento, que la historia deberá destacar, luminosamente, al verdadero creador, orientador y maestro de las organizaciones proletarias: Luis Emilio Recabarren. Este hombre de temple admirable, que contribuyó al perfeccionamiento cultural y moral del pueblo al crear escuelas, bibliotecas, periódicos y dictar conferencias, tuvo en esos tiempos honda visión para precisar el verdadero contenido y objetivos de las clases trabajadoras en su dura contienda contra la clase dominante. Así fue como, junto con dar forma a la organización sindical que fijaba las reivindicaciones inmediatas, creó la herramienta política dirigida a transformar íntegramente la estructura del régimen actual y dio vida al primer Partido Socialista encaminado a conquistar la total emancipación económica y social de la clase asalariada.

Lamentablemente, la inmadurez política de las masas y la crisis económica provocada al finalizar la primera guerra mundial, que desarticuló el movimiento, evitaron el desarrollo que sólo años más tarde llegó a tener. Pero la semilla estaba lanzada y no tardaría en germinar.

El proceso de descomposición del régimen imperante continuó profundizándose. No obstante el florecimiento momentáneo producido por la conflagración, que entonó las fabulosas ganancias de la oligarquía y del imperialismo, los trabajadores siguieron en situación miserable y las huelgas producidas eran acalladas con la metralla. El país tampoco supo aprovechar la demanda de salitre y cobre para sentar las bases de una sólida economía. La crisis adquiere contornos alarmantes y provoca el derrumbe de la industria salitrera, con su secuela de desocupados, hambre y miserias; el alza del costo de la vida llega a límites paralogizantes. Este cuadro horroroso, que estremeció a Chile y agitó dramáticamente las conciencias proletarias, fue aprovechado más tarde, demagógicamente, por don Arturo Alessandri Palma, para alcanzar la Presidencia de la República.

Se agravó la situación económica y empeoraron funestamente las condiciones de los trabajadores. A contar de 1920 se suceden unas a otras las huelgas y crean un clima de desmoralización colectiva. Los obreros vuelven a ser masacrados en San Gregorio y La Coruña, y rubrican con su sangre la ignominia de los poderosos. Se produce la caída del Presidente y, tras episodios desconcertantes, empieza la intromisión de los militares en la vida política, hasta culminar con la dictadura de Ibáñez, quien combatió a los organismos sindicales y políticos de los trabajadores y deportó a sus mejores y experimentados dirigentes.

El "civilismo", bajo cuya careta retornó al poder la oligarquía, en gloria y majestad, hizo que las condiciones de vida del pueblo adquirieran relieves de tragedia; pero, a la vez, se vigorizó sindicalmente el movimiento obrero, a pesar de todo. La sublevación de la Escuadra; la matanza de Copiapó y Vallenar; la relegación y el asesinato, y el tratar de afirmar una estructura anacrónica basada en la desigualdad, provocaron el descontento nacional que iba siendo encauzado por grupos socialistas dispersos de reciente organización.

La vigorosa actividad de esos grupos, nacidos al calor de la catastrófica situación reinante y la escalofriante ineptitud del Go-

bierno "sometido" al sector oligárquico, determinaron el movimiento del 4 de junio de 1932, el cual derribó al Presidente Montero y estableció la primera República Socialista. Los doce días durante los cuales se mantuvo el nuevo Gobierno, movilizaron al país y se agitaron consignas específicas que resumían sus problemas. Produjeron la unión entre los trabajadores manuales e intelectuales y dieron a éstos positivas esperanzas en la conquista de un mejor porvenir.

La contrarrevolución encabezada por Dávila puso fin a esa etapa inicial del socialismo. Al no contar éste, entonces, con organizaciones poderosas y unificadas, aquélla abrió el camino, una vez más, a las fuerzas reaccionarias que llevaron al poder, meses más tarde, a don Arturo Alessandri Palma. Marmaduke Grove y Eugenio Matte Hurtado, líderes visionarios del 4 de junio, son desterrados a la isla de Pascua; las organizaciones, destruidas, y sus dirigentes, perseguidos.

Si fugaces fueron las esperanzas puestas en ese movimiento, él sirvió, en cambio, para hacer comprender a las masas que, sin un poderoso partido de sólida raigambre popular, de disciplinada estructura interna, de fervoroso aliento revolucionario, estarían siempre condenadas al fracaso en cualquier coyuntura histórica para liberarse de sus enemigos de clase. Esos doce días febriles y de ansiedad proletaria fueron suficientes para remover la conciencia y vitalizar todo un pueblo. El 4 de junio es, pues, el impulso inicial, de lo que sería diez meses después el Partido Socialista.

El 19 de abril de 1933, se efectuó la fusión de cinco grupos que habían actuado en forma desarticulada para dar nacimiento al Partido Socialista de Chile. Ellos eran el Partido Socialista Marxista, la Nueva Acción Pública, la Orden Socialista, el Partido Socialista Unificado y la Acción Revolucionaria Socialista. Bajo la represión del Gobierno y en un clima de conturbadora crisis social y económica, se redactó su Declaración de Principios, inspirada en la doctrina del socialismo científico, se eligió su Comité Central y se designó a Oscar Schnake Secretario General.

Desde su fundación, se ha caracterizado el Partido Socialista como revolucionario y marxista y por aceptar esta doctrina como método de interpretación de la realidad. Su objetivo esencial es la transformación total de la actual estructura capitalista. No en balde el materialismo histórico afirma que tal propósito es una necesidad ineludible y que habrá de efectuarse, no porque ofrezca una

organización de la sociedad humana más justa y abroge los privilegios, sino porque su victoria es consecuencia lógica e inevitable de un proceso siempre en ascenso y que se desarrolla ante nosotros. La evolución económica crea, dentro del régimen capitalista, las condiciones que tarde o temprano han de liquidarlo, siempre que el proletariado, consciente de su misión histórica, sea capaz de hacerlo mediante su partido de clase. El marxismo, en este sentido, da a cada combatiente una filosofía heroica, que robustece sus convicciones y destierra el pesimismo y la pusilanimidad.

En el campo de las reivindicaciones económicas inmediatas de la clase obrera, propugnó con decisión el fortalecimiento de las organizaciones sindicales, mediante una política amplia y unitaria. Así, logró dar un nuevo sentido a la acción de los sindicatos y contribuyó a la creación de la Confederación de Trabajadores de Chile como organismo central y directivo, que libró por algunos años luchas constantes y obtuvo conquistas sociales y económicas significativas.

Duros y difíciles fueron los años iniciales de su desenvolvimiento. Pero fueron fecundos y promisorios. Desde el más alto de sus dirigentes hasta el más modesto de sus militantes, sin vacilaciones ni temores, afrontaron todos los sacrificios que requería la actividad diaria en la lucha organizativa, política y social. Es que el socialismo, en esa etapa épica de combativa ejecutoria, horadó profundo en la conciencia de todo un pueblo ansioso de justicia social. Supo canalizar, desde sus comienzos, el brote revolucionario de las multitudes con un lenguaje viril y realista. Despertó nueva fe con sentido dinámico y creador; engendró una mística hacia sus dirigentes y consolidó la disciplina interna, para enfrentar con éxito el porvenir. Adultos, mujeres y jóvenes adhirieron con fervor al partido que dio positiva esperanza a sus vidas.

Siempre a la ofensiva, resistió severas represiones del Gobierno, que actuaba con facultades extraordinarias. Sus dirigentes sufrieron persecuciones, cárceles y relegaciones. En la calle, rechazó con coraje los asaltos del nazismo y sufrió la pérdida de muchos de sus más abnegados militantes. Allí cayó asesinado uno de los más preclaros valores de la Federación Juvenil Socialista, el joven escritor Héctor Barreto, mártir y símbolo de aquella generación heroica, que doblegó la prepotencia del fascismo criollo. En el plano de la política militante, por medio del Bloque de Izquierda, primero, y del Frente Popular, en

seguida, contribuyó a consolidar la unidad de las fuerzas democráticas e hizo posible el triunfo del Presidente Aguirre Cerda. Desde 1938 a 1943, formó parte de los Gobiernos de Pedro Aguirre y Juan Antonio Ríos y aportó iniciativas creadoras al incipiente desarrollo industrial del país.

En este recuento de la acción del Partido Socialista, al conmemorar sus 30 años de existencia, con la misma sinceridad con que hemos trazado sus heroicos comienzos, señalaremos también sus errores y caídas. Todo partido revolucionario ha debido sufrir instantes difíciles, derivados de luchas intestinas insuperables, en determinados períodos de su trayectoria. Primero, la escisión "inconformista", originada poco después de su VI Congreso General Ordinario, se debió a la corriente que estaba en desacuerdo con la permanencia del partido en el Gobierno. Si fueron justas las críticas y correcta la posición doctrinaria asumida por el "inconformismo", ellas dejaron de ser valederas al no respetar la decisión mayoritaria de ese Congreso, que insistió en la colaboración. Luego de esta amarga experiencia, pugnaron nuevamente, en el VII Congreso General, los defensores de la tesis de prestar apoyo ministerial al Presidente Ríos y la línea anticolaboracionista, deseosa de retirarse del poder, para que el partido se uniera y se restituyeran a sus cauces revolucionarios. Cabe destacar que la delegación central de la Federación Juvenil Socialista, presidida entonces por el actual Secretario General del partido, camarada Raúl Ampuero, encabezó esta corriente que, en forma estrecha, fue vencida por la colaboracionista.

El IV Congreso General Extraordinario, efectuado en Valparaíso en agosto de 1943, siete meses después del IX Congreso General Ordinario, donde el actual Senador y candidato presidencial del FRAP, camarada Salvador Allende, fue elegido Secretario General, resolvió retirar al partido del Gobierno. La actitud divisionista del sector derrotado hizo perder eficacia a la medida adoptada, lo que se tradujo en un período más de anarquía y declinación.

Decisiones equivocadas, como la de participar en Gobiernos de coalición de clases y entregar la rectoría del movimiento popular a líderes y partidos de la pequeña burguesía, han conducido al socialismo a cismas que lo debilitaron profundamente y retrasaron su desarrollo, con pérdida momentánea de la confianza de los trabajadores. Pero surgían, de ese cuadro casi deshecho por los descalabros, impulsos vigorosos de la generación joven y

de algunos viejos luchadores que anhelaban rehacer el movimiento socialista, conforme a su doctrina y liquidar el caudillismo y las desviaciones oportunistas que tanto daño le causaron. El XI Congreso General, efectuado en Concepción, en 1946, permite reiniciar el proceso lento, pero firme y decidido de reconstrucción orgánica e ideológica que culmina definitivamente en el Congreso de Unidad, de 1957.

La directiva nacional elegida en Concepción designó Secretario General al camarada Raúl Ampuero. Renació la fe en las bases; se volvió al combate sin tregua contra la oligarquía y el imperialismo; se redactó el Programa del Partido Socialista, obra fundamental, que se debe al ex Secretario General compañero Eugenio González Rojas. Vitalizado el partido teórica y organizativamente, quienes pretendieron dividirlo en 1948 sólo arrastraron tras ellos a los últimos reductos que aspiraban a colaborar con el Gobierno de González Videla. Fue el postrer intento escisionista, sin consecuencias para su ulterior engrandecimiento.

Contribuyó al triunfo del Presidente Ibáñez y participó en su Gobierno durante su primer año de Administración. Convencido de la imposibilidad de que se cumpliera el programa ofrecido al pueblo, el Partido Socialista Popular abandonó el gobierno y realizó fuerte y constructiva oposición. Al retirarse, renunciaron a sus cargos todos los militantes que desempeñaban funciones públicas. Tal hecho reveló la unidad interna y la férrea disciplina del partido. La colaboración política que prestó, señaló en forma definitiva la impracticabilidad de la coalición con sectores de la burguesía.

La crisis social y económica acentuada cada vez más, la relegación de dirigentes sindicales y políticos de los partidos populares, las huelgas que surgían a cada instante y los delictuosos sucesos del mes de abril de 1957, impulsaron la unidad con el grupo socialista disgregado anteriormente del viejo partido. Esta trascendental unificación se efectuó en el XVII Congreso General, en julio de 1957. Se definió allí con claridad la nueva línea política del socialismo, concretada en la tesis del Frente de Trabajadores, llamada a conquistar el poder e instaurar una República Democrática de Trabajadores. Las nuevas circunstancias creadas en lo nacional e internacional por la conquista del poder político, la madurez de las masas explotadas y el vigor creciente para enfrentarse al enemigo, indujeron al Partido Socialista a adoptar como táctica la línea del Frente de Trabajadores, que tien-

de al agrupamiento del proletariado conforme a su carácter de clase explotada. Es el camino más efectivo y lógico para enfrentar a la clase capitalista y provocar el choque de la burguesía y el proletariado.

El Partido Socialista había influido, también, en el reagrupamiento sindical, mediante el aporte de todos sus esfuerzos para dar vida a la Central Unica de Trabajadores. Pero su actividad más sobresaliente fue su contribución al nacimiento del Frente de Acción Popular como bloque político sobre una base clasista y revolucionaria. Se lograba, después de años de antagonismos estériles que dividían el movimiento popular, la unidad de socialistas y comunistas, facilitada también por las influencias alentadoras desprendidas del XX Congreso del Partido Comunista Soviético, al iniciar un ataque a fondo al "stalinismo" sectario.

La unificación definitiva del socialismo y la creación del FRAP vitalizaron e hicieron crecer el movimiento popular chileno. Se adoptaba, por vez primera, una línea consecuente con los principios revolucionarios. El FRAP impuso como táctica una vía clasista que condujera a una estrategia encaminada a la formación de un gobierno genuino del pueblo. Posición correcta, que dio fuerte impulso a la dinámica campaña presidencial de 1958, donde nuestro candidato, el Senador Salvador Allende, estuvo a un paso de la victoria. En un plazo relativamente corto se estructuró en el país una organización poderosa, agresiva y de una vitalidad que paralogizó a la reacción. Socialistas y comunistas fueron nervio y motor, que dinamizaron con su trabajo el fervor solidario de las multitudes.

Al rectificar rumbos, el socialismo poderosamente unificado y el Partido Comunista, tras el denominador común de enfrentar como un solo cuerpo la batalla por el poder, entregaron al pueblo, firme, acerado, pujante, el instrumento capaz de demoler la vieja Bastilla de los intereses creados: la unidad de los trabajadores en el Frente de Acción Popular.

La trayectoria del Partido Socialista en estos últimos diez años es el reverso de la política socialista de 1938, en cuanto a la dinámica social de la lucha por el poder. Su tesis central entrega la dirección del movimiento popular a la clase trabajadora y sus partidos representativos, en lugar de que esa misión rectora pase a manos de la burguesía, como ocurrió antes. En sus treinta años de existencia, ha recorrido un camino duro, con alzas y caídas, dramático a veces, altivo otras, como en toda organización revolucionaria.

Puede exhibir una ejecutoria positiva, no obstante sus errores, al servicio del pueblo. Depurado de quienes nunca entendieron sus altas finalidades, ha excluido para siempre el caudillismo, y no prosperan en su seno los grupos fraccionarios. Así ha podido darse sólida estructura interna y una clara y definida posición marxista, que le ha permitido robustecerse y avanzar sobre obstáculos que parecían insalvables. Ha contribuido en gran medida a la formación de una conciencia revolucionaria en las masas laboriosas; ha dado al movimiento sindical su apoyo fervoroso, superando prejuicios que obstruían el desarrollo combativo de sus cuadros, al limitar la acción a las meras peticiones económicas y a un apoliticismo sindical agitado por los adversarios de clase.

El socialismo, en Chile como en el mundo entero, ha dejado de ser una teoría ilusoria, para convertirse en una realidad tangible y dinámica, en una fuerza decisiva en el desarrollo de la sociedad humana. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, China, las Democracias Populares, Yugoslavia y, en nuestro propio Continente, la gloriosa República de Cuba han ratificado en los hechos el advenimiento del socialismo. Las guerras de liberación colonialista de Africa y Asia, donde el imperialismo quema sus últimos baluartes sangrientos de explotación y miseria, demuestran con nuevos y heroicos ejemplos el derrumbe del capitalismo y abren rutas amplias y promisorias para la implantación del socialismo.

Al conmemorar sus treinta años de existencia, el Partido Socialista de Chile seguirá con sus banderas desplegadas, combatiendo con virilidad para alcanzar el poder, unido de manera solidaria al Partido Comunista y demás organizaciones que integran el FRAP. No lo amedrenta la vía electoral, cuyas limitaciones legales, habilidosamente impuestas por la democracia burguesa, niegan derecho a voto a más de un millón de trabajadores; ni mucho menos la vía revolucionaria, si las circunstancias así lo exigen.

Este trigésimo aniversario encuentra al Partido Socialista fortalecido cualitativa y cuantitativamente, luchando con responsabilidad por sus principios y por fortalecer cada vez más el movimiento popular. Sin vacilaciones, consciente de su misión revolucionaria, seguirá bregando en defensa de las clases trabajadoras, que vibran al unísono con sus postulados, porque los saben justos y aplicables, para forjar definitivamente el grande y hermoso destino de nuestra patria.